

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



UN PLAN PERFECTO

Iván Farías

UN PLAN PERFECTO



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Iván Farías

ISBN: 978-84-123794-0-2

ISBN digital: 978-84-123794-1-9

Depósito legal: M-14234-2021

Real Noir Ediciones

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

Para Hilario Peña.

A Berenice.

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

UNO DE LOS VIEJOS

En las últimas décadas, la insuficiencia de la crónica periodística y el entusiasmo a veces elegíaco de la narrativa (literaria en menor medida y televisiva por aplastante mayoría) han contribuido a dar la sensación de que todo lo que ocurre en México está relacionado con el narcotráfico.

No seré yo el valiente que niegue razones históricas a esta afirmación, pero sí me permito matizarla. Incluso alguien que tenga un conocimiento tan superficial como el mío sobre aquel país sabe que la realidad en México es mucho más compleja, de tan simple que a veces parece.

Claro que el florecimiento del narcotráfico en la segunda mitad del siglo pasado alteró una sociedad ya de por sí hecha de pocas cumbres y muchísimos y profundos valles de pobreza, ejerciendo el milagro de la multiplicación de los millonarios pocos y los muertos muchos, y entre medio los vivos, que de una u otra manera sobreviven.

El artegio

Pero el mundo criminal mexicano no se inventó con el narcotráfico y existía desde antes. Ciudad de México, conocida hasta hace solo unos años como el D. F., tiene esa vocación de monstruo que caracteriza a algunas capitales de América Lati-

na, entre imán que atrae con el magnetismo de lo grandioso y parece generar su propia gravedad y la condición de embudo hacia el que se ha deslizado durante décadas la población proveniente de todos los estados de la República, en busca de un sueño que casi nunca se cumple.

En los veinte años que siguieron a la revolución de 1910, la población de la capital creció en proporciones que parecían difíciles de superar, pero fueron superadas después de la Segunda Guerra Mundial, cuando entre 1950 y 1970 se llegó a duplicar en virtud del llamado «Milagro Mexicano» (que como todos los milagros promocionados desde alturas gubernamentales solo lo fue para los pocos de siempre).

Sin opciones reales de un trabajo digno y lejos de la prosperidad soñada, los recién llegados buscaban cualquier tipo de colocación, por provisional que fuera, que les permitiera quedarse un poco más. Y como ocurrió en tantas otras sociedades, eso derivó en un crecimiento de la delincuencia como profesión y cierta maestría adquirida a costa de fracasos y de prácticas, que con el paso de poco tiempo generaba maestros que enseñaban a nuevos ladrones. La condición casi siempre era la misma: robar sí, pero nada de violencia.

La policía seguía siendo poca para tanta hambre y tanto delito y hubo que buscar un nombre para denominar a las especialidades que surgieron.

Nació así el término *artegio* para definir al delincuente que no hacía de la violencia el eje de su accionar y la reservaba solo como último recurso.

Dentro de los expertos en el *artegio* no faltaron los maestros, las leyendas y los distintos modos de actuación: desde los *chicharreros*, cuyo *modus operandi* consistía en ir casa por casa tocando el timbre para verificar si sus ocupantes estaban dentro

antes de entrar a robar; su particularidad era actuar en pleno día y, como tapadera ideal, algunos iban vendiendo timbres (chicharras), hasta los *zorreros*, expertos en entrar por las noches en casas de nivel adquisitivo medio y alto en ausencia de sus propietarios, para robar joyas y todo artículo de valor que encontraran. Como firma, los zorreros solían tomarse tiempo para comer algo durante su estancia en la casa desvalijada y dejar como tarjeta de visita la evidencia de que también habían realizado allí sus necesidades físicas... casi siempre dentro de los sanitarios dispuestos para tal fin, aunque a veces no.

Esta costumbre de dejar *tarjeta de visita* biológica era posible hasta avanzados los años 80, ya que luego las pruebas de ADN la hicieron desaparecer en la práctica por motivos evidentes para cualquier espectador medio de *CSI* y series similares de la tele.

El artegijo tenía además muchas otras especialidades, cada una con su nombre. Por ejemplo, los *goleros*, que se dedicaban a vender como reales alhajas falsas, por lo general disfrazados de basureros o empleados de Luz y Fuerza o de otra compañía reconocida, que habían *encontrado* el valioso objeto y necesitaban venderlo pronto. O los *paqueteros*, que simulaban encontrarse un paquete de dinero en la calle y lo ofrecían a algún testigo incauto, pidiéndole a cambio una cantidad mucho menor que lo que aparentaba valer el rollo de recortes de periódico envuelto en unos pocos billetes de alta denominación. O los *cristeros*, que tenían la habilidad de apoyar la espalda contra una puerta, abrir los brazos en cruz y, con un golpe de las nalgas, abrir la puerta de la casa o comercio a robar. La lista de especialidades era larga y el denominador común, la falta de violencia.

Algunos llegaron a forjarse verdaderas leyendas, como *el Carrizos*, un zorrero célebre en los años 70 y 80, que se espe-

cializaba en desvalijar casas ricas de los barrios de Polanco y de las Lomas de Chapultepec. Entre sus muchas *bazañas*, los robos a las residencias de los expresidentes Luis Echeverría Álvarez y José López Portillo.

Muchas de las especialidades cayeron en desuso a causa de la tecnología, otras se modificaron y, en conjunto, se les comenzó a llamar *los viejos*, no tanto por la edad de los *artistas* como por mantener, dentro de lo posible, ese código de minimizar la violencia en sus acciones.

El sueño del *Soñado*

Un código que comparte el protagonista de esta novela, Diego Rodríguez, de apodo *el Soñado* por un carácter romántico que no desmiente ni afirma, pero que se evidencia en su forma de relacionarse con las mujeres de su vida.

El Soñado sueña lo que cualquier delincuente sin delirios de grandeza: dar un golpe que le permita alejarse de esa vida, uno que alcance para establecerse con cierta comodidad, pero que no sea tan importante como para llamar la atención y convertirlo en un objetivo.

Un golpe en el que, de ser posible, nadie salga dañado.

Más allá de que encuentre aliados temporales para cumplir con su objetivo, su verdadero cómplice es la presencia de la ausencia de su padre, que le dejó por legado un puñado de máximas que el Soñado utiliza como guía para su vida. Y sospecho que su padre, como quien lea esta novela, estará deseando que el golpe le salga bien. Pero incluso cuando tienes *el plan perfecto*, el factor humano, el propio o el ajeno, tiende a complicarlo todo.

El otro punto de vista

No descubro la pólvora si digo que una de las limitaciones habituales que nos autoimponemos en la novela negra hecha en Europa es que miramos casi siempre desde el lado de la ley, del policía. Da igual que el protagonista investigador sea un juez, un abogado, un cocinero o un taxidermista: observamos la trama desde la acera del que quiere desvelar el crimen con mucha más frecuencia de lo que tratamos de ver desde el punto de vista del delincuente. Y eso nos deja contando solo media historia, abandonando en buena medida la máxima chandleriana que define a la novela negra como aquella que cuenta la vida criminal.

Por el contrario, la novela policial de América Latina presta mucha más atención al crimen desde dentro, contado por el delincuente, o con historias que lo tienen como protagonista. Quizás porque la realidad cotidiana, en muchos países, es una novela negra.

Última advertencia que, como todas, sobra, pero aun así la incluyo: tanto en esta novela como en el resto de obras que irán conformando la colección, se apuesta por el máximo respeto hacia el texto original y la inteligencia del lector (que por algo nos lee), de modo que no se realizan *traducciones* del español de México al de España, ni se ha buscado ese híbrido insípido que alguien dio en llamar «español neutro». Aquí se ha respetado el texto y los modismos originales, limitando las odiosas notas al pie a lo mínimo, conscientes de que el propio contexto alcanza y sobra para comprender alguna palabra que no nos resulte familiar. Además: todas están en el diccionario y basta con una búsqueda rápida, móvil en mano, para tener el tesoro de una palabra más en nuestro haber. Y eso no es poco.

Esta novela de Iván Farías que inaugura la colección *Real Noir* tiene la rara habilidad de narrar una historia intrincada de un modo ágil pero, al mismo tiempo, profundo. El lector no tropieza con alardes que entorpezcan la trama con veleidades de ensayo sobre la delincuencia en México en diez lecciones. Y sin embargo, me temo que se comprende más de ese entramado leyendo esta excelente novela que con horas de documentales.

Uno de los autores del género que más admiro, el también mexicano Paco Ignacio Taibo II, *culpable* de haber reinventado la novela negra en América Latina, repite que el primer requisito para escribir un buen policial es narrar en diagonal la sociedad que contiene y —sospecho— provoca esa historia, pero hacerlo con libertad y sin pensar en ese oxímoron llamado corrección política.

Aquí no hay moraleja.

Aquí hay una historia muy bien contada, que no da respiro hasta el final.

Y lo peor/mejor de todo es que resulta creíble de principio a fin.

Tan creíble que podría estar ocurriendo ahora mismo.

Mientras lees este prólogo que, quizás, no hacía falta.

Pero que yo necesitaba escribir.

Como tú necesitas ahora comenzar a leer ya *Un plan perfecto*.

CARLOS SALEM

«Después de todo, el crimen es la consecuencia
de un concepto equivocado de la vida».

The Asphalt Jungle

«Nunca pelees si no tienes las de ganar, me dijo siempre,
y cuando tuvo las de perder, no peleó más».

LEONARDO PADURA

Vientos de Cuaresma

PRIMERA PARTE
PRESUNTOS CULPABLES

1

Diego Rodríguez el Soñado encendió un cigarro en el estacionamiento justo después de salir del edificio. Le dio tres caladas seguidas y lo tiró. Tenía un jugoso cheque en la mano. Lo volvió a ver sin creérselo. No podía depositarlo ahora, los bancos estaban cerrados. Sería hasta mañana. Volteó a ver por última vez el lugar en el que había trabajado un par de años. Se despidió con un aire socarrón, abriendo y cerrando su mano. Rio. Metió primera en el Volkswagen y tomó camino hacia el centro. Necesitaba festejar.

En La Esperanza, un tugurio en pleno Garibaldi, lo recibió Hugo, ofreciéndole su mesa.

—¿Lo de siempre? —preguntó limpiando la superficie.

El correoso cantinero vestía impecable, camisa planchada, corbata negra, lo cual contrastaba con el Cristo de tinta carcelaria en el brazo izquierdo.

—Hoy no, estoy de fiesta.

—¿Qué festeja?

—La libertad —soltó Diego.

—¿Qué va a ser?

—Un *Juanito* rojo.

—¿Se divorció?

—Digamos que hay momentos en la vida en los que uno decide tomar la *libertad* y todo se conjuga.

El cantinero echó dos hielos en un vaso de vidrio. Como no estaba el dueño, sirvió con generosidad. Llevó el trago y se fue a encender la televisión.

—No la prendas. Que pinche manía con la tele en todos lados.

—El patrón dice que cuando llegue un cliente lo haga.

—Por mí, la puedes quemar.

El Hugo destapó una Coca-Cola.

—Por usted.

«Todos tenemos un plan», pensó Diego. El plan siempre es obtener una buena cantidad de dinero para poder vivir sin trabajar el resto de la vida. Ese era su sueño recurrente y estaba a punto de ponerlo en funcionamiento.

Rodrigo, un estafador de mujeres amigo de Diego, vivía soñando con el negocio que lo sacaría de pobre. Su primera mujer le compró una poderosa computadora y le instaló un taller de serigrafía para vender *playeras revolucionarias* a chicos de escuelas acomodadas que gozaban asistiendo a marchas y mítines.

Era un buen plan de retiro, pero Rodrigo acabó enredado con una chica diez años menor que él. Razón por la cual su mecenas le retiró los recursos.

La segunda idea de Rodrigo era aún mejor, un negocio redondo que daría muchísimo dinero. Conoció a un hombre que había patentado la forma de renovar llantas fundiendo el caucho de una manera que Diego nunca logró entender. Una llanta lisa podía volver a rodar en tan solo una hora con un dibujo nuevo y el mismo agarre. Un neumático que tenía una vida útil de dos o tres años podía llegar hasta los seis. Cualquiera quisiera tener ese ingenio. Sin embargo, el inventor no conseguía accionistas para su idea. Los pequeños empresarios

locales, jimbéciles!, no veían a futuro. Un prototipo de su invento lo tenía en una talachería a pie de carretera.

Fueron a visitarlo. El inventor resultó ser un tipo que sabía todo acerca de los autos, las llantas y el desgaste de ellas; que sabía hacer cosas increíbles con las manos. El prototipo era una máquina realizada de manera profesional con apenas unos pocos materiales.

Diego y su segunda mujer se convencieron del todo. En cuarenta y cinco minutos convirtió una llanta, a la que antes se le veían fierros asomándose por el caucho, en un neumático reluciente y negro. La mujer sacó un cheque, Diego aplaudió.

Fueron a festejar. Bebieron cerveza y Rodrigo acabó quedándose en un hotel con su chica. El inventor y Diego continuaron la juerga. El muchacho soñaba con un gran centro de servicio automotriz donde el uniforme, un overol azul con su nombre bordado en el pecho, lo llevaran todos sus empleados.

La mujer de Rodrigo, una joven heredera con pretensiones ecologistas, lo dejó al poco tiempo. La razón fue que la mayor parte del cheque lo acabó gastando con una rubia proveniente de Polonia a la que invitó a unas buenas vacaciones en Mazunte.

Diego Rodríguez el Soñado se acabó su trago y pidió otro.

Rodrigo y él se habían dejado de ver, pero un día, no hace mucho, mientras viajaba con el gordo de su exjefe, lo encontró en un restaurante de carretera, rumbo a la playa. Rodrigo había logrado su sueño: una chica de escasos 25 años que servía cervezas y camarones al gusto, mientras él dormitaba en una hamaca.

—Este es el mejor negocio —dijo su amigo—: vender cerveza. El terreno es de ella, pero yo tenía la idea. Este es un plan perfecto.

Ese día fue cuando Diego decidió renunciar a ser un vil chofer de un gordo empresario y buscarse la gran vida.

En el pasado, Diego había trabajado para un ministerial que se dedicaba al fino arte de robar casas sin que los dueños lo supieran. Zorreros, que les dicen en el argot. Operaban de manera sencilla. Un viernes llegaban al centro de comando, se reportaban en la lista, dejaban a sus subalternos diferentes tareas y se largaban. Subían al auto y manejaban hasta el estado seleccionado, siempre algo cercano y seguro, lugares sin mucha delincuencia donde la gente era confiada: Tlaxcala, Querétaro, Puebla. Luego de observar qué casa estaba vacía (correo amontonado en el buzón, la entrada llena de hojas caídas, luces encendidas en pleno día) se saltaban la barda o abrían con ganzúas. Diego servía de *campana* por si alguien se acercaba. A chifidos o con un cohete (si era necesario), les avisaba que tenían que salir.

Volvían en la noche y entregaban los reportes de lo hecho por sus subalternos y guardaban la coartada. Pese a que repartían parte de la ganancia, siempre quedaba suficiente. En aquellos días, Diego se repetía para sus adentros: «Uno más y me salgo. El que sigue es el definitivo», decía mientras las botellas llegaban, las mujeres se desnudaban y el dinero se iba.

Al final no quedó nada.

Solo, en la cantina, con un vaso de *whisky*, no parecía un festejo. Necesitaba alguien con quien platicar. Hugo, el cantinero, era un tipo atento siempre dispuesto a ganarse su propina, pero en todos los años que tenía de ir a La Esperanza nunca habían pasado de intercambiar unas cuantas frases. Diego sacó un par de billetes y los puso en la mesa.

—Nos vemos pronto —dijo y salió.

Comenzó a dar vueltas en la ciudad. Pasó por Bolívar, bajó hasta Eje Central, se desvió en La Alameda hacia Reforma y

cuando se sintió vencido se acordó de Alejandra. Tenía un par de meses sin hablarle y, peor aún, sin contestarle el teléfono. Ella podía estar enojada, tal vez muy enojada, sin embargo, no tenía otro sitio a donde ir. Además, en poco tiempo se desaparecería y nunca más la volvería a ver. Eso le gustaba. Era como esos artistas que anuncian que van a largarse pero que antes sacan dinero al por mayor con conciertos de despedida. Eso haría él, la gran gira de despedida de Diego Rodríguez el Soñado que paso de ladrón a custodio y ahora a futuro dueño de una cervecería de playa.

Se rio de sí, de su sueño: él sentado en una silla con los pies sobre una mesa, viendo como una chica servía cervezas frías y cocteles de camarón. Se vio ahí, sin necesidad de aguantar a ningún imbécil que le dijera qué hacer, cómo manejar, a qué horas comer y, mucho menos, paseándole en su cara cosas que él nunca podría comprar.

Alejandra vivía al final de una vecindad porfiriana con pequeñas casas de dos pisos distribuidas simétricamente a ambos lados del pasillo. Diego estacionó el auto en la calle trasera, así nadie vería a dónde iba. Manías de ladrón.

Caminó lento, recordando aquellas noches en las que hacía aquel recorrido para irse a dormir entre las piernas de Alejandra. Le gustaba esa sensación de estar con una chica menor que él, que se dedicaba en cuerpo y alma a satisfacerlo. Era un sueño, guapa, de cuerpo turgente y con suficiente dinero como para no pedirle nada.

Aquello iba perfecto, pero Alejandra era impredecible, voluntariosa y conflictiva. Una tarde se le ocurrió ir al trabajo de Diego para ponerle un ultimátum sobre su relación. O se

divorciaba o se arrepentiría de no estar con ella en exclusiva. Cuando fue, el Soñado fumaba un cigarro en el jardín de la casa del gordo de quien era chofer. El jardín guardaba una extraña colección de duendes de barro con gorros rojos y bigotes espesos. Era como si los pitufos se hubieran hecho de piedra y estuvieran ahí. Alejandra entró, los pateó y los llamó *estúpidos*. Si bien aquellos duendes eran horribles —eso nadie podía negarlo—, también es cierto que eran un regalo que le habían hecho al dueño de la casa. Así que cuando Diego tuvo que rendir cuentas frente al gordo de su jefe negó conocer a «esa loca». El hombre le creyó a medias, e incluso aceptó las disculpas, pero lo puso en conocimiento que, de repetirse, lo despediría.

Los duendes, huelga decirlo, tuvo que reponerlos de su salario.

El día del zafarrancho, al salir del trabajo, Alejandra lo esperaba dentro del auto. Él intentó decirle que se fuera, pero todo quedó zanjado cuando le bajó el cierre. Ahí Diego supo que un hombre necesita mucha fuerza para evitar caer en el juego de alguien con problemas psiquiátricos. Y que uno también la necesitará si no se sabe alejar a tiempo. Por eso se había separado.

Compró una botella de vino y un *six* de Noche Buenas en una vinatería. La tendera le preguntó si no iba a querer los Camel de siempre. Negó con la cabeza. Le molestaba que los extraños supieran cosas de él, como la marca de cigarros que fumaba.

Con su copia de la llave, abrió la puerta de entrada, atravesó el patio, que se encontraba en total silencio, y solo en ese momento pensó en que tal vez ella no estuviera. Cuando iba a desechar la idea, el cielo comenzó a llover y tuvo que correr al 12 B.